



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

La pobreza, muro de la religión

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 17-30 (Domingo 28 del Tiempo Ordinario – Ciclo B)



Escribe Ignacio de Loyola en las Constituciones de la Compañía de Jesús: “*La pobreza, como firme **muro de la religión**, se ame y conserve en su puridad, quanto con la divina gracia possible fuere.*” [553]

La imagen de muro de la religión (aquí la palabra religión se refiere a la vida religiosa o consagrada y no a las diferentes confesiones religiosas) creo que no solo es importante para quienes han optado por el camino de seguir a Jesús haciendo voto de pobreza, sino que puede ser un soporte importante para todas las personas que desean seguir con radicalidad la enseñanza y el modo de proceder de Jesús contenido en el Evangelio. Al imaginar la pobreza como un muro pensamos inmediatamente en piso firme sobre el que podemos construir nuestra casa sin temor a que ésta se derribe ante los primeros escollos que la vida nos presente.

Ir más allá de la norma. El hombre del Evangelio se dirige a Jesús para preguntarle qué debe hacer para heredar la vida eterna, qué debe hacer para que su proyecto de vida tenga sentido y se pueda proyectar más allá de su tiempo y de su historia. La respuesta del Señor tiene dos partes. En la primera, leyéndola como afirmación más que como pregunta, le dice que para heredar la vida ha de cumplir los mandamientos: no matar, no cometer adulterio, no mentir, no robar, etc. En la segunda, ante la respuesta afirmativa del hombre, Jesús le pide un *plus* que surge de la radicalidad que demanda el nuevo modo de ser y estar con lo demás que pide el Señor a quienes han optado por ser sus discípulos: “anda, vende lo que tienes y dale el dinero a los pobres”. Dice Marcos que, ante esta exigencia, el hombre frunció el ceño y se marchó pesaroso porque era muy rico.

Al meditar sobre la situación de este hombre, me atrevo a decir que sería injusto anatematizarlo y ponerlo como ejemplo de lo que no se debe hacer en orden al seguimiento de Jesús. De hecho, como se lo responde a Jesús, en su vida se ha esforzado por cumplir los mandamientos y, me imagino yo, por ser una persona honesta y cabal. ¿Cuál es la causa para fruncir el ceño y marcharse con pesar? que, quizá, no había entendido que más allá del cumplimiento de las normas y de tener una conducta moral conforme a éstas, el Señor nos pide un plus de generosidad y de

desprendimiento para aportar a la construcción de una sociedad justa donde los marginados y los excluidos tengan acceso a los bienes y servicios que les garanticen una vida con dignidad. Un nuevo contrato social inspirado en la justicia demanda una solidaridad y una capacidad de compartir que la doctrina del enriquecimiento, la acumulación y el lucro impiden. Este hombre era “bueno” pero había fijado sus ojos en la riqueza y no en Jesús.

¡Qué difícil les es entrar al reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero!

Omito intencionalmente la primera afirmación de Jesús: ¡Qué difícil les es entrar a los ricos al reino de Dios! porque siento que la clave no está en la riqueza sino en la forma como nos relacionamos con el dinero y, en este asunto, la exigencia de Jesús vale para quienes tienen dinero y para quienes no lo tenemos pero nos relacionamos de forma indebida con él.

Es difícil vivir la lógica del reino cuando ponemos por encima de las personas el afán de lucro y convertimos en criterios éticos las ganancias y los indicadores de la bolsa. Una mirada fija en el dinero nos puede hacer miopes ante las necesidades de nuestros hermanos y, más lejos, ciegos y sordos ante los gritos de los oprimidos y excluidos por una “economía que mata”. Es difícil compaginar los valores del reino con un sistema económico que mantiene unas relaciones laborales abiertamente injustas con salarios y contratos precarios para los más débiles del entramado social. Es difícil compaginar el reino con un sistema económico que privilegia los grandes capitales, tanto con beneficios fiscales como “permitiendo” la evasión, en detrimento de lo que podría ser una fiscalidad con rostro humano que permita distribuir la riqueza entre todas y todos. Hay esfuerzos, no los niego, como las personas que optan por la banca ética o por asumir la responsabilidad social de las empresas pero no dejan de ser pequeños brotes en la espesura del bosque de la especulación y el lucro.

Es difícil vivir la lógica del reino cuando, aunque no tengamos dinero, depositamos nuestra confianza en lo que nos “vende” la sociedad del consumo y del bienestar. Muchos somos presa fácil de la búsqueda de seguridades para nuestro peculio: seguros, inversiones, cuentas que den mayor rendimiento y, en no pocas ocasiones, evadir los impuestos con actos tan sencillos como no pagar el IVA cuando se nos propone no registrar nuestras compras. Somos presa fácil del consumo y caemos en sus redes comprando cosas que no necesitamos. ¡Cuántos sucumbimos ante los artilugios de la electrónica o de las moda que no deja de imponer sus “gritos”!

Sería hipócrita decir que no nos importa el dinero y que podemos vivir sin consumir. Yo creo que por ahí no va la llamada de Jesús, creo que se trata de vivir una relación con las cosas desde la libertad y la dimensión social de los bienes materiales.